

Palabras del Presidente de la República, José Mujica, correspondientes al 9 de enero de 2015

Amigos, es un gusto el poder saludarlos, en esta comunicación consuetudinaria con la que hace tiempo llegamos a muchos amigos. Estamos abriendo un año, un nuevo año y estamos cerrando un periplo de gobierno. Estamos en un verano inusual, por lo llovedor, lo que naturalmente está ayudando en parte a la agropecuaria, sobre todo a la ganadería; pero naturalmente complica, inequívocamente a los intereses que rodean la actividad turística. Pero estamos, ante el deber como país, por su conveniencia futura, general, de ayudar en todo lo posible a que el cambio necesario en el equipo de gobierno sea lo menos traumático posible; sea eficaz y el nuevo gobierno pueda arrancar con todas sus velas desplegadas en cuanto asuma. Y naturalmente el Estado tiene muchos rincones, muchos vericuetos y mucha gente que entra, necesita tiempo, trabajo y colaboración para ubicarse en la inevitable constelación de problemas, que siempre existen en el devenir de la nación. Y hay que hacerlo, porque esto es importante, para multiplicar el impulso. El Uruguay ha logrado en estos años sacudir una especie de estancamiento crónico y ha logrado avanzar bastante, lo que se nota, muy particularmente en el interior del país. Pero lo primero que tenemos que ver es que tenemos que ser pacientes y tenaces para conservar y estabilizar lo que se ha logrado. Y esto requiere una transmisión de mando eficaz, que no es un acto, no es un símbolo, es un conjunto de pequeñas operaciones que no pasan a la historia, pero que componen la historieta del diario vivir de una nación. Después habrá que seguir generando crecimiento económico, porque solo él puede dar los recursos para poder hacer frente a tareas que están pendientes, y que son impostergables. Como la tarea de la infraestructura en diversos frentes; puertos, caminos, vías. ¿Por qué?, porque hemos logrado entre los uruguayos que la producción creciera mucho. Y ha crecido mucho más que aquello que hemos podido hacer en infraestructura, y las dificultades de infraestructura contribuyen a multiplicar los costos del país, nos quitan capacidad de competir. Sencillamente, un camión que tiene que andar a 30 no es lo mismo que un camión que pueda andar a 60 o 70, por defectos de caminería, necesitamos un parque de camiones, una inversión de capital más grande y así sucesivamente, porque las cosas se encadenan. Estos son puntos críticos positivos, positivos porque su origen está en el crecimiento, pero no por ello, podemos olvidar que marcan el deber de la hora y del tiempo que va a venir. Sin embargo, habrá que entender con justicia; que hay mucho que invertir en infraestructura; pero que esa inversión, de una forma u otra, la tendrá que pagar la propia producción; será la propia producción la que tendrá que amortizar los inevitables costos que esto significa. Nada cae regalado de los dioses, nada viene por generación espontánea, las políticas tienen que ser ajustadas a las necesidades del país, pero las necesidades del país se cubren con el esfuerzo del producto país.

Al mismo, tiempo tenemos que recordar que en el mundo que nos toca vivir —y eso se nota a ojos vistas—, por ejemplo, tenemos problemas en pila en el tráfico en Montevideo, pero esto es sencillamente porque se venden ciento y pico de autos por día, y las calles son las mismas y naturalmente, está multiplicación que ha hecho al pueblo uruguayo del parque automotriz que tiene complica el tránsito y lo complicará cada vez más. Parece un proceso inevitable, esto denota un aumento de la riqueza social. Y tal vez sea una de las consecuencias de las tantas consecuencias que tiene la explosión tecnológica de la época que nos toca vivir. Sin embargo ese aumento de riqueza social, no necesariamente significa más desarrollo humano para todos. ¿Por qué? , porque por desgracia, allí donde el Estado no interviene regulando, de alguna manera, el reparto de la riqueza que genera espontáneamente en el devenir del mercado, tiende a concentrarse y con esa concentración, si la dejamos así, nos quedan dos sociedades, una que progresa fantásticamente, multiplica todo su acervo y otra que va quedando al costado del camino. Como consecuencia de esto, es inevitable tener políticas sociales, que son instrumentos que tratan de forzar un poco la distribución de la riqueza que se genera para evitar los males en una concentración excesiva; y hacer viable la tonalidad global de la sociedad. Pero naturalmente que esto tiene contradicciones y resistencia, porque

así somos los seres humanos. Y atrás de esas políticas sociales, que para unos pueden ser necesarias, a otros les pueden parecer injustas porque le sacan demasiado a él, quiere decir que lo que se extrae, no puede ser paralizador del trabajo y de la aventura de invertir y de arriesgar. Este es uno de los fenómenos más difíciles que tiene la política que, teniendo bastante de ciencia, tiene también de arte. Por desgracia, la solidaridad social es menguada en nuestro medio. Las empresas privadas tienden, por aquí, por allá, a pedir y lograr alivios fiscales, alivios fiscales en las contribuciones que debe recibir el fisco para colaborar en lo social. Y cuando estos fenómenos se dan en realidad en el fondo, indirectamente, nos damos cuenta de que esa ayuda social tiene poco de privada y bastante de pública. Hay muy poco aporte privado directamente en la ayuda social en nuestro país, pero ¡cuidado!, esta afirmación no puede ser absoluta y tomada el pie de la letra. Porque es innegable que existen empresas que ayudan, y ayudan mucho, socialmente merecen reconocimiento en este país. Son, desgraciadamente pocas, pero existen.

En lo que nos es personal, en lo que humildemente se puede hacer como persona, al cerrar el año, y cerrar el gobierno; estamos terminando los aportes globales que hemos hecho adjuntos, con parte de nuestro salario. Y entre los aportes, el dinero y en equipos nuevos que hemos comprado. Vamos a redondear un valor cercano a los 400.000 dólares, según se coticen los dólares. También cerramos el año con el aporte como corresponde a la fuerza política a la que pertenecemos y que nos llevo al gobierno. Porque ser militante de una fuerza política significa la obligación moral y ética de colaborar con nuestros ingresos líquidos y vamos a cerrar un quinquenio donde el aporte del Presidente ronda los 150.000 dólares. Todo esto lo podemos constatar y están los recibos si algún voluntario quiere inspeccionar. Pero ni uno y otro están en línea concreta con lo que pensamos y con lo que vivimos. Sabemos perfectamente que con estas cosas no cambiamos el mundo en que vivimos. Pero sentimos y multiplicamos nuestro compromiso con la sociedad. Se puede gargantear todo lo que se quiera, pero la garganta, hay que prestarle el bolsillo; sobre todo cuando el tono central de nuestra garganta es el mensaje de solidaridad con los más pobres, con los desvalidos, con los que quedan al costado del camino. Es relativamente fácil como gobierno ponerle impuesto y que otros paguen. Pero hay un deber ético, de nosotros mismos, de quienes pensamos así.

En otro orden de cosas nos han sorprendido una vez más los amargos sucesos de París, pero también otros como los que pasan en Argelia, en Siria, lo que pasa en otras partes del mundo. Los fanatismos al parecer son patología lacerante en nuestro tiempo, fanatismos religiosos, fanatismos políticos; a veces fanatismos deportivos, a veces fanatismos corporativos, nos obligan a plantearnos todos como sociedad, la necesidad de cultivar la educación en la tolerancia a la diversidad, cuestión imprescindible para convivir en el mundo en el que estamos.

En el mundo en el cual vivimos, son inevitables severas contradicciones, contradicciones de intereses, contradicciones de ideas, contradicciones de credos religiosos, contradicciones corporativas entre gremios, entres gremios y el resto de la sociedad entre la particularidad de algún rincón de gente en la sociedad y el interés general de la sociedad.

Y todo esto, teniendo como base, la contradicción más severa que existen en cualquier sociedad, que es la contradicción de clase, que están allí, en el fondo de nuestro devenir y con frecuencia se mezclan con las otras contradicciones. Y desembocan en fanatismos, nada peor que la mentalidad fanática. Una cosa es el apasionamiento, el compromiso con lo que sentimos, con lo que pensamos, con lo que vivimos, pero muy otra es la ceguera fanática de creer que podemos imponer a prepo, lo que nosotros pensamos.

Si esta verdad verdadera, de culto de la tolerancia nos queda por el camino, la vida de una sociedad trepida se enferma. Yo sé que existen cosas del pasado que lastiman, y que duelen y que supuran, que hay faltas de verdades, que los hombres hemos tenido que inventar instituciones como la Justicia para poder convivir y la tenemos que respetar en lo fundamental, pero la justicia la hacen los seres humanos, y los seres humanos no podemos escapar a las limitaciones, que nos impone el sentido de pertenencia, instintivo a una clase o a otra, al tal

credo, a tal otro, lo máximo que pueden hacer los hombres en materia de justicia es ser honrados, nunca podrán ser perfectos, porque lo perfecto es según el ángulo de donde se esté mirando. Esto no invalida a la Justicia, porque de no tener el juego de esta institución, la vida se hace imposible, y los seres humanos tendemos a caer en lo peor, justicia por nuestra propia mano.

Y esto ha demostrado a lo largo del devenir humano, que es algo de lo peor, pero sin embargo hasta aquí tenemos que llevar el espíritu de tolerancia. Y a veces sentimos, y la visión que tenemos de la realidad nos hace trampa, nos hace jugar trampa con respecto a todo eso y afecta naturalmente nuestra propia convivencia.

Tenemos que aprender de lo que pasa en el mundo y lo que pasa en otros y recordar que nos puede pasar a nosotros. Demasiado desastre hay en nuestra América Latina, con el narcotráfico, con las consecuencias del narcotráfico. Al abrir un nuevo período de gobierno, recordemos que antes que nada, orientales y compatriotas, y esto significa mutuo respeto, lo cual no significa tener que estar de acuerdo ciento por ciento, por el contrario, la tolerancia es imprescindible para que se germine la semilla de la libertad y para que la libertad exista, tienen que expresarse los desacuerdos. Pero uno y otro, hemos de entender, que esos desacuerdos tienen límites, y esos límites son el capital común que entre todos debemos de preservar.